

RAFAEL ARGULLOL

# MI GAUDÍ ESPECTRAL

UNA NARRACIÓN

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Rafael Argullol Murgadas  
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, *Estudio para las manos de Pierre  
de Wiessant*, de Rodin

ISBN: 978-84-16011-65-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 194-2015

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La primera vez que oí hablar de Gaudí no debía de tener más de siete u ocho años. Fue mi tía Andrea quien me habló. Con mi tía Andrea, que era además mi madrina y habiendo enviudado muy joven no tenía hijos, iba cada jueves al cine para ver una sesión doble de películas de aventuras. Así yo podía hacerme el aventurero a la salida y simular decenas de maneras de morir. Uno de esos jueves vimos en el escaparate de una tienda de objetos religiosos una fotografía de un hombre viejo, con barba y cabello blancos y un cirio en la mano, que desfilaba en una procesión.

—Mira, éste es Gaudí—dijo mi tía Andrea—, el santo que hizo la Sagrada Familia.

Yo, naturalmente, como todos los niños barceloneses, ya sabía qué era la Sagrada Familia: un conjunto de cuatro cucuchos de piedra ennegrecida, parecido en todo a esos que hacíamos en la playa con la arena mojada que dejábamos deslizar desde nuestros puños cerrados, aunque de tamaño mucho mayor. De la Sagrada Familia había oído hablar, pero no de Gaudí. Y esa noche soñé con el viejo de cabello y barba blancos. O quizá no fue un sueño sino mi primera cita con el espectro de Gaudí. Como mi tía me había dicho que había muerto atropellado por un tranvía, distraído como iba pensando en la Sagrada Familia, le pregunté al espectro si era cierto que un tranvía lo había atropellado. Sin decir palabra, me miró con sus ojos muy azules, y esa mirada azul me conmovió mucho. Pensé que los espectros escuchaban las preguntas sin contestar.

Quien sí contestó, y se extendió en explicaciones, fue mi padre cuando, pocos meses después del anuncio de tía Andrea, proclamó triunfalmente que íbamos a visitar la Sagrada Familia, junto a mi madre y mi hermano. Se sorprendió mucho al informarle yo de que su autor era un santo que había sido atropellado por un tranvía. Mi padre, considerándome ya preparado para estas cosas, entró en detalles: no sólo había sido atropellado por un tranvía sino que se había desangrado en el hospital al que lo llevaron, donde, confundido con un vagabundo, lo tuvieron abandonado en un pasillo atestado de enfermos. Mientras hablaba con mi padre, yo, con la imaginación, trasladaba las informaciones al espectro.

—Así que no moriste como un héroe sino como un pobre desgraciado. Ibas vestido como un pobre desgraciado: sucio, con trajes raídos y zapatos gastados de tanto caminar. ¿Es verdad que llevabas los pantalones sujetos con imperdibles? Con el paso de los años te habías abandonado cada vez más. Apenas comías, jamás renovabas tu vestuario. Sin embargo, en tu juventud, cuando llegaste a Barcelona para estudiar arquitectura, te considerabas un dandi. Te comprabas los trajes en las mejores tiendas de la ciudad. Sobre todo te gustaban los guantes de cabritilla y los sombreros de copa, que comprabas en la sombrerería más refinada.

»El día de tu accidente, al bajar por la calle Bailén, en dirección al barrio Gótico, para acabar visitando el confesionario de Sant Felip Neri—tu itinerario de siempre—en nada te distinguías de un mendigo. En realidad, ya habías estado varias veces a punto de ser atropellado por uno de esos tranvías de frenos gastados que no se detenían ante los zarrapastrosos y los borrachos. A ti el tranvía, tras golpearte con fuerza, te lanzó contra una farola. Luego el conductor continuó su trayecto. ¿Fue así? Quedaste magullado.

Perdías y recobrabas el conocimiento. La sangre brotaba de una de tus orejas, tiñendo la barba enmarañada. Tu aspecto, por tanto, empeoró.

»Dos transeúntes te atendieron. Trataron de parar un taxi que te trasladara a un hospital. Cuatro se detuvieron y reanudaron la marcha al ver a un vagabundo sucio y ensangrentado. No querían manchar la tapicería del vehículo. ¿Estabas consciente para constatar este desprecio o el aturdimiento nublabo lo que sucedía? Por fin un guardia civil obligó a un taxista. Te llevaron a un ambulatorio y luego al Hospital de la Santa Creu. Estuviste horas en los pasillos, junto a los otros miserables. Cuando te atendieron comprobaron que tenías las costillas rotas y, lo que era más grave, un traumatismo craneal que explicaba la sangre que continuaba saliendo de tu oído. ¿Delirabas? Dicen que sí. Decías cosas inconexas. Llamabas a tu madre. Apelabas a Dios.

»Nadie te reconoció hasta el día siguiente, cuando algunos amigos que, alertados por tu ausencia, te buscaron en comisarías y hospitales, te encontraron ya medio agonizante. Pasabas del desvarío a momentos de lucidez. En uno de ellos rechazaste la propuesta que te hicieron de trasladarte a una clínica privada. ¿Querías morir con los pobres, como afirman? Intercambiaste algunas palabras con los visitantes, con voz cada vez más débil. Seguías llamando a tu madre y hablando de Dios. ¿O era con Dios con quien hablabas? Pediste los últimos sacramentos. Estaba claro que tu vida se agotaba y ahora reinaba un gran respeto en la habitación individual que te habían otorgado. Todos te trataban con complicidad y ternura. Recibiste la extremaunción plenamente consciente y, luego, durante tus últimas horas permaneciste acariciando con los dedos, ya casi inmóviles, el pequeño crucifijo del rosario que alguien había depositado en la cama, al alcance de tu mano.

»Después de ignorarte tanto tiempo, ¿cómo saben tantos detalles de tus últimos instantes?

»Los periódicos de Barcelona informaron de ello inmediatamente, según mi padre. Él tenía dieciséis años el día de tu muerte y se acuerda perfectamente. En la ciudad no se hablaba de otra cosa. Todo el mundo estaba enterado ya de la historia del tranvía, y hasta la compañía había convocado al conductor para reprocharle su actitud. Él dijo que cruzaste las vías sin mirar, y que te tomó por un viejo borracho. También se comentaba mucho tu estancia, como vagabundo anónimo, en los atestados pasillos del Hospital de la Santa Creu. Algunos periodistas aprovecharon la ocasión para criticar la pésima situación de los hospitales; para otros fue la oportunidad de que murieras como querías, entre los pobres. En un par de días pasaste de ser un miserable a ser un santo.

»Mi padre habla del entusiasmo ciudadano que suscitó tu entierro, aunque a mí me parece raro que un entierro suscitara tanto entusiasmo en una ciudad donde los tranvías no se paraban cuando atropellaban a alguien o donde los taxistas no socorrían a los heridos. Te vistieron con un hábito negro de monje y un amigo escultor te hizo una máscara mortuoria. El solemne cortejo fúnebre partió.

»Los periódicos hablaron de centenares de miles de asistentes. Mi padre y sus amigos estaban entre ellos. Hacía mucho calor. Había un ambiente de fiesta, que no estaba reñido con el respeto. Muchos espectadores lloraban mientras pugnaban entre sí para acercarse a tu féretro. ¿Un muerto puede sentir el amor de la gente tras su muerte? Al final de la ceremonia los coros de niños cantaron himnos para ti. ¿Escuchaste estos cánticos? ¿Qué es lo primero que se percibe cuando uno deja de ser hombre para convertirse en espectro? ¿Sabes lo que más decían de ti, según mi pa-

dre, después del entierro, cuando la multitud se dispersaba? “Pobre, ¡era tan raro!, ¡tan extravagante!”.

Después de extenderse en la muerte del arquitecto, mi padre también me consideró maduro para las disquisiciones arquitectónicas y me indicó que Gaudí, aunque santo para tía Andrea, era para muchos un loco que dilapidaba la buena piedra de las canteras y el dinero de los otros. Argumentaban que era una tontería continuar la edificación de la Sagrada Familia tres décadas después de la desaparición del arquitecto, si bien es verdad que en aquellos años finales de la década de los cincuenta del siglo pasado las nuevas torres del templo, por falta de financiación, crecían sólo unos pocos milímetros cada año.

—¿Estás al corriente de que casi todos consideran un despilfarro continuar la obra? Incluso mi padre, que recuerda con tanto entusiasmo tu entierro, tiene muchas dudas. Las cuatro torres que se edificaron mientras vivías, deberían, claro, conservarse, como un monumento de otra época, pero continuar la construcción es otra cosa. Los ciudadanos se muestran indiferentes o reacios. Demasiado dinero para invertir en algo anticuado. Tienes que reconocer, según parece, que tu arquitectura ha quedado anticuada. No se puede tirar más dinero con ella, ni siquiera en la Sagrada Familia, con sus feos andamios y sus polvorientas zanjas.

»Ya gastaste suficiente en los buenos tiempos. Entonces te consintieron tus locuras. Hacías edificios que pocos comprendían. Disponías de medios y, desde luego, tu imaginación era desbordante. La ciudad se plegó, no siempre de buen grado, a tus fantasías. La Casa Batlló, con su dragón en el techo, era una excentricidad; el Park Güell, ahora tan abandonado y con las columnas rotas, podía pasar como entretenimiento. Pero La Pedrera acabó con la paciencia de todos. ¿Cómo te atreviste a incrustar aquel en-

gendro colosal en la mejor calle de Barcelona? No pudiste ignorar que todos lo consideraron un engendro y que era objeto de burlas generales. Las cosas empezaron a irte mal, en opinión de mi padre. Perdiste la confianza de tus protectores, y la ciudad quería otras cosas, no las tuyas, caras y grotescas.

»Te refugiaste en tu Sagrada Familia, dejando que absorbiera todas tus fuerzas. Estabas encerrado con tu mayor juguete mientras la ciudad te daba la espalda, desdeñosa y sarcástica. Te llamaban maniático, loco, te consideraban un iluminado, un místico lleno de soberbia. ¿Cómo soportaste la ferocidad de los comentarios? Se reían de ti y de tus obsesiones. Desdeñaban tu grandilocuencia. Empezaron a llamarte el “Arquitecto de Dios”, pocos, muy pocos, con admiración; para la mayoría era un apelativo mordaz ante tus pretensiones espirituales.

»¿Sabías que te llamaban “Arquitecto de Dios”? ¿Y qué era eso para ti?

»Tus adversarios decían que te creías en comunicación directa con Dios. Era una acusación muy extendida por la ciudad que compartían, piensa mi padre, los católicos y los anticlericales. Se hacía evidente que tu orgullo y tu vanidad, siempre vivos, se habían agudizado con la edad y te habías convertido en un viejo arrogante que a través de una falsa modestia se permitía todo tipo de locuras.

»Te llamaban “Arquitecto de Dios” pero también “pobre diablo”. ¿Sabías que eras un pobre diablo?

»Se reían y te temían. Temían que fueras a pedirles limosna para las obras de tu templo. Te veían en la calle Bailén o en la Gran Vía o en la calle Trafalgar, y cambiaban de acera para que tú, el loco despilfarrador, con la palma extendida, no les pidieras una ayuda para tu iglesia de megalómano.

»¿Te dabas cuenta de eso o realmente ibas tan abstraí-



do, tan ensimismado, que ignorabas cuanto ocurría a tu alrededor?

»Tu figura de viejo loco era popular, muy popular, en la ciudad que había asistido, atónita, al crecimiento de tus sueños de piedra. Se te contemplaba con una mezcla de conmiseración y curiosidad, de rechazo y veneración. No se sabía muy bien qué hacer contigo, de la misma manera, según la opinión de mi padre, que actualmente la ciudad no sabe qué hacer con tu templo. Debe de ser extraño sentirse tratado así. ¿Te incomodaba? ¿Te importaba de verdad? ¿Fingías no enterarte? ¿O, simplemente, despreciabas a los que te despreciaban?